

Olía a verano

–Tengo mucha sed.

Era ella la que se quejaba. Su pareja le dio un golpecito cariñoso.

–Ya queda poco –le dijo–. Acuérdate: el año pasado casi nos quedamos sin sitio; tenemos que llegar antes.

El sol apenas se separaba ya unos centímetros del horizonte. Faltaban unos días para que comenzara abril, pero olía a verano.

–Piensa –siguió él– en los paseos por la orilla, en las comidas en familia... ¡camarones! Te encantan.

Olía a fruta madura y a noches cálidas.

–Recuerda los baños al atardecer –le guiñó un ojo– sin familia. Tú y yo.

Por fin estaban. El camino había sido duro.

Buscaron un sitio donde ubicarse. No parecía quedar mucho hueco libre, pero habían llegado pronto, solo debían mirar un poco mejor.

Una hora pasó antes de que la pareja desistiera, este año tendrían que asentarse en otro sitio. Quizá en algún humedal más escondido.

Se miraron con tristeza, casi con desesperación. Encogieron las largas patas y extendieron sus alas rosas. Con pesadez, levantaron el vuelo.

Desde el aire, el agua quedaba oculta por las aves que anidaban. Las cosas se estaban poniendo cada vez más difíciles en Doñana.

Gedma Lasa (pseudónimo)